UN CHOCOLATE
PARA DOS
LORENA MURIÉN

UN CHOCOLATE PARA DOS

LORENA MURIÉN

© 2022 Lorena Murién

instagram.com/lorenamurien_

twitter.com/lorenamurien_

Diseño de cubierta: Somnis Design (http://somnisdesign.net/)

Maquetación: Lorena Murién

Fotografías de portada: Taryn Elliott,

pexels.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright y bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento. No obstante, está permitida la reproducción parcial con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de mencionar al titular del copyright.

Este relato ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial y/o terceros. Por este motivo, es posible que el contenido pueda tener algunas erratas y/o errores ortográficos.

FACHADAS DE JENGIBRE

Nunca imaginé que un día de lluvia torrencial en París fuera a convertirse en el preludio de una película de terror donde mis peores temores se harían realidad. Mi teléfono no para de sonar, y el archivador que llevo entre manos perderá pronto la batalla contra las enormes gotas que forman espejos vivientes bajo mis pies. Frente a mí, el edificio de MUSA parece estar riéndose en mi cara después de haber perdido un contrato que nos iba a garantizar tres años de campañas publicitarias con una importante marca de moda francesa. Las mejillas me arden y no sé si es por la frustración, la vergüenza, la ira, o el frío que ya está comenzando a calar mis huesos. Supongo que cuando menos lo esperas, la vida decide ponerse en tu contra de manera fulminante.

Y que tener cuatro llamadas perdidas de mi madre, no ayuda en absoluto.

—¿Qué quieres mamá? —Mi voz suena más rota de lo que pretendo, y eso me va a costar unas cuantas preguntas que no quiero responder.

—Tu padre me ha dicho que vas a pasar las vacaciones en casa, ¿es cierto?

—¿De verdad tienes que llamar para creértelo? —ironizo, aunque cuando la escucho suspirar, tengo que recular y poner en mi cara una sonrisa apacible con la que disipar el malestar en un tono que para muchos es insoportable—. Sí, digamos que Louis me ha obligado a tomarme un descanso, pensaba quedarme en París, pero ya sabes cómo se pone papá.

—No puedes reprochárselo, llevas mucho tiempo sin venir a Colmar, casi siempre estás ocupada con el trabajo y esas cosas…

—Esas cosas son mi vida, mamá —aclaro, aunque no espero que lo comprenda. Miro a un lado y a otro dispuesta a cruzar la calle con la única intención de no acabar más empapada de lo que estoy—. Tengo que dejarte —añado poco después, no espero que lo comprenda —. Llegaré mañana a primera hora, este año tendrás tus navidades soñadas.

Aunque yo no, me digo antes de colgar evitando escuchar otro

de sus tantos consejos.

Llegar a casa no ha sido más fácil que abandonar el edificio de la empresa, y no tengo que hablar de cuánto me ha costado hacer la maleta. Pensar en las dos semanas que voy a pasar rodeada de dulces, jerséis temáticos y villancicos en cada rincón, me da dolor de cabeza. Y no es que odie la navidad, es que ese espíritu ya no va conmigo.

Una alegría que se respira en cada rincón de París, donde la gente camina con más prisa, compra regalos para que no se le venga el tiempo encima, toma chocolate por la calle o sentados en un banco del parque y ya piensa en las felicitaciones que mandará a sus amigos y seres queridos. Apenas han dado las ocho y yo ya quiero cerrar los ojos para olvidar esta pesadilla. Después de años cerrando tratos con diferentes empresas, es terrible como un simple fallo puede tirar por tierra cada uno de tus logros. La mirada de mis compañeros de campaña sigue clavada en mi mente con fuerza, ninguno se lo esperaba, ni mucho menos yo.

Tengo una taza de té entre manos, en un intento porque el calor aplaque mis nervios y me deje dormir antes de ir a la estación de tren. No creo que sea el mejor momento para volver a casa, aunque quizá eso me sirva para reordenar las ideas y demostrarle a Louis que puedo convertirme en la diseñadora jefe de MUSA.

—Joder, como me gustaría que el edificio se viniera abajo ahora mismo.

Me tiro contra el sofá como si quisiera que este me tragara y en mi mente veo el hormigón negro reducido a cenizas junto a sus cientos de ventanas y cada rincón de la empresa. Pero eso no va a pasar y yo no voy a ascender nunca si no demuestro que puedo hacerlo mucho mejor.

Pienso reorganizar mi trabajo durante las vacaciones y no voy a morir en el intento por dejar claro que me necesitan a mí y a nadie más.

•••

Antes de que amanezca, me arrepiento de no haber cerrado las cortinas del salón y no haber recogido el pequeño desastre que he creado a mi alrededor. Hay ropa tirada por el suelo, la manta a cuadros del sofá también se ha caído y encuentro la taza mirándome sobre la mesa de madera como si hubiera cometido un imperdonable pecado. Tal vez sea cierto, pero ahora no tengo tiempo de pensar en eso porque ¡joder! Si no estoy en la estación dentro de cuarenta minutos voy a perder el tren y tengo menos ganas todavía de escuchar las quejas de mamá.

Poco después estoy en el vestidor, busco la gabardina, una

chaqueta junto a una camisa blanca y unos vaqueros oscuros a juego que conjunto con unas zapatillas sencillas. Hoy nada de tacón, y aunque maquillo mis labios de un intenso rojo y delineo mis ojos como si fuera a ir a trabajar, prefiero no llegar a Colmar dando la imagen de empleada perfecta.

Cosa que, en este momento, no soy.

El taxi tarda menos de lo previsto y cuando me doy cuenta estoy entregando el billete y tomando asiento en mi lugar antes de observar la belleza de un paisaje repleto de árboles que me protegen hasta que tres horas después, veo la gran torre del reloj y el corazón me da un vuelco. Había olvidado lo bonita que se veía la estación a la luz del sol, con su arquitectura neogótica y el gran ventanal donde descansa la imagen en la que se representa a un pintor que libera a dos gemelas atadas en una vía de tren. Una brisa muy distinta a la de ayer me acaricia el rostro mientras que me quedo de pie, boquiabierta, observando cada detalle de esa pintura hasta que una presencia ensombrece todo a mi alrededor. Tenía claro que llegar aquí no me daría ni un segundo de paz.

—Alexis, cariño, ¡qué ganas tenía de verte! —Mi madre se abalanza sobre mí.

Cuando me rodea con sus brazos me siento como un muñeco de nieve que puede ser destrozado en cualquier momento. Recibo un sonoro beso en la mejilla e intento sonreír sin que la vergüenza extrema me gane al ver de lejos a papá, encogiéndose de hombros, como si quisiera decirme «te lo dije». Y no es para menos, porque haber estado tanto tiempo lejos de ellos va a tener sus claras consecuencias.

—Ya puedes soltarme mamá, yo también te he echado de menos.

—Qué poco abrigada vas, ¿no tienes frío? —Otra vez me abraza y yo tengo que luchar por respirar.

—No, estoy bien, de verdad —protesto. Oigo a reír a mi padre y cuando él se acerca me libero de los brazos de pulpo de mi madre para quedarme en el calor de la presencia de un hombre que me lo ha enseñado todo—. A ti también —digo antes de besar su mejilla—. No esperaba que vinierais los dos, podría haber ido en taxi.

—¡Estás loca! No lo dirás en serio, ¿verdad?

—Mamá, ya no soy una cría.

Eso es lo que digo, pero sé que ella piensa todo lo contrario, y lo compruebo cuando miro a los ojos verdes de papá, rodeados por algunas arrugas más. Sonríe tan ampliamente que sé que no me va a reprochar la cantidad de navidades que han pasado de largo, como los cumpleaños, vacaciones y demás. Por su pelo hay esparcidas unas

cuantas canas y su ropa huele exactamente al mismo perfume en el que me refugiaba cuando era niña. Parece que en él no hayan pasado los años, como tampoco en mamá, quien me observa siendo una versión más adulta de mi misma: mismo pelo castaño —algo ondulado —, ojos avellana y una piel de porcelana que brilla bajo la mañana fría de Colmar.

—He pensado que mañana podríamos ir al mercado —me dice ella—, pero ahora te espera tu comida favorita en casa y uno de esos pijamas que tanto te solían gustar.

Es imposible que no me ría, y como si nada, todo ese malestar que había sentido antes de dejar París, se esfuma completamente.

Papá se hace con mi maleta, yo cargo con la bolsa, y en un simple parpadeo los tres estamos en el coche de camino a una de las tantas casas hechas de paredes de jengibre, con tejados de ensueño, madera sobre la pintura y calles repletas de los múltiples colores que dan brillo a la ciudad. Cuanto más avanzamos más soy consciente de lo que echaba de menos los suelos adoquinados, el bulevar de Saint-Pierre, el río La Launch o el puente sobre la calle Tanneurs. Las plazas y entramados con su safari de fachadas me dejan en completo silencio cuando no puedo apartar la mirada de cada rincón y el suspiro que se escapa de mis labios, no es más que el ejemplo de ello.

Por una parte, me duele el hecho de no estar en París, trabajando en MUSA, dejando claro que valgo más de lo que Louis cree, pero por otra… me encanta respirar la navidad en la parte más antigua de la ciudad una vez que dejamos el coche y me planto frente a la casa donde la mayoría de mis sueños se hicieron realidad.

—Han pasado casi cuatro años y la casa sigue igual —digo al bajar del coche.

El color mostaza de la pintura trae una sonrisa a mis labios. Cuando miro hacia arriba veo las ventanas adornadas con flores y tras las cortinas ya puedo imaginar la decoración de navidad que estará en cada rincón de la casa; una tradición que los tres siempre llevábamos a cabo a mediados de noviembre. Como si supiera lo que estoy pensando, papá pone su mano en mi hombro y me dedica otra sonrisa antes de que los tres abandonemos el frío y yo me sienta otra vez plena, con el corazón lleno y los miedos fundiéndose con el aire.

En cuanto doy un paso al frente y la puerta de madera se cierra a mi espalda elevo mi ceja derecha al descubrir que el árbol de navidad todavía no está puesto ¡a diez días de la gran noche!

—Este año tuve un presentimiento —dice mamá—, soñé con que estarías en casa para poner el árbol con nosotros, y al parecer no me he equivocado.

Su intuición da miedo, mucho miedo y por eso mismo un

escalofrío recorre toda mi espalda. Quizá algún día me la lleve a París para que vaticine si me va a ir bien en el trabajo, pero esa es otra historia.

Carraspeo y aunque la sorpresa sigue bañando mi rostro, lo cierto es que tengo que sonreír, porque esa parte de mi persona a la que no deseo dar la razón quería exactamente esto: empezar el día viajando a un pasado que en realidad no es tan lejano, haciendo las cosas por las que antes reía mientras paso tiempo con mi familia después de tanto y por supuesto, no tener que pensar en si mañana van a estar a punto de despedirme o no.

•••

Más de un día después y parece que lleve en Colmar más tiempo que unas cuantas horas. Podría meter en un saco mental todas esas imágenes para hacerme con ellas tiempo más tarde, cuando necesite recuperar las fuerzas que el trabajo me ha quitado. He comido las galletas de mamá, bebido chocolate y disfrutado de la chimenea. También me he negado a recorrer las calles de la ciudad por miedo a lo que pueda encontrar, porque sí, sé perfectamente lo que va a pasar y no quiero dar la razón a todos los que decían que me estaba precipitando al dejarlo todo.

—Pero así es la vida… —susurro mientras sigo frente al fuego.

Papá aparece a mi lado, aunque se queda en un comprensivo silencio.

—No preguntes —le digo antes de que pueda preguntar y él me sonríe—. Quiere que vayamos al mercado, ¿verdad?

—De no ser porque te quedaste dormida después de comer, lo habríamos hecho ayer, así que será mejor que te prepares señorita.

Mientras habla, eleva la misma ceja que yo y eso logra sacarme una carcajada; lo cierto es que mamá es lo suficientemente peligrosa y pesada como para no hacerle caso, así que me levanto del sofá y voy a prepararme. Cinco minutos en los que observo cada detalle de mi dormitorio, una mezcla entre los mejores años de mi infancia y los anteriores a mi marcha a París. Hay muchas fotografías, también premios del instituto, universidad, junto a mis peluches favoritos y diferentes figuras de madera que siempre me ha gustado comprar en esta época y que no sé porque no me llevé conmigo.

Cuando acaricio un reno con los dedos en la estantería principal de la habitación, la desazón parece querer abrir esa puerta instalada en el centro de mi pecho para expandirse por todo mi cuerpo.

A estas alturas no sé si cometí un error o no, pero intento no

preguntármelo.

—¡Alexis, date prisa! —El grito de mamá provoca que despierte, busco el abrigo y un gorro de lana rojo para cubrir mis orejas.

Los cuadros son la estampa perfecta para este día de invierno y mientras la noche está acariciando los tejados de los edificios tengo que abrir bien los ojos para ser consciente de donde estoy de verdad.

La plaza de Koïfhus se ilumina por una hilera de luces que proviene de los diferentes puestos que hay en el mercado navideño. Antes de llegar al centro de la misma ya soy capaz de escuchar las risas y los gritos de los niños que están disfrutando de los dulces y alguna de las atracciones en las que yo misma monté alguna vez, aunque mis ojos caminan directamente hacia la figura de una mujer que está saboreando con gusto una galleta.

Doy un paso y la conversación de mis padres se mezcla con los diferentes sonidos que nos rodean. No puede ser ella, al menos es lo que quiero creer, pero cuando se gira y veo su sonrisa hay otro saco mental que se abre para deslizar frente a mí unos recuerdos que creía superados, y en parte olvidados, aunque estoy muy equivocada con lo último.

Ella se despide, ajusta su gorro de lana y en el proceso yo me quedo paralizada, no puede ser.

—¿Florence?

NIEVE DE CHOCOLATE

Mi primer impulso es huir, de hecho, me giro y camino tan rápido que me choco contra mi madre y ambas estamos a punto de caer. Dentro de mí se desata el caos en un segundo, no sé ni lo que les digo, ni tampoco cómo logro seguir en pie, lo más probable es que no me haya visto, pero cuando levanto la mirada y choco contra los ojos de papá soy consciente mi fatal error. Claro, no es para tanto, aunque cruzarte con la que fue la mujer de tu vida en pleno Colmar, es digno de recrear en una novela.

—¿Alexis? —Su voz choca contra mi pecho y desata un cúmulo de emociones que me gustaría no volver a sentir.

Me veo obligada a encarar su sonrisa cuando mi padre asiente.

Nunca me he sentido más estúpida en mi vida, o quizá sí, pero es mejor no recordar ninguno de esos momentos. A cambio, dibujo una sonrisa y cuando el silencio se hace entre nosotras me doy la vuelta para ver unos mechones de pelo rubio cayendo sobre sus hombros. Eso me sorprende, pero todavía más el darme cuenta que salvo eso, no ha cambiado en absoluto.

—Así que has vuelto por vacaciones, nunca pensé que viviría para ver esto —ironiza, aunque no me ofende en absoluto.

—Supongo que la vida da muchas vueltas.

—¿Por qué no vais a dar una vuelta? Tu padre y yo estaremos por ahí. —Quiero que la tierra me trague, o peor, porque mamá está sonriendo y no debe—. Seguro que poneros al día os viene bien.

La bomba explota frente a mis ojos, intento que mis padres no se vayan suplicando con mi expresión de absoluto miedo, pero no sirve de nada porque cinco segundos después ellos ya están caminando entre la gente y yo, ¿puedo correr?

—Puedes ir con ellos si quieres, no pasa nada —aclara Florence.

Niego inmediatamente y sé que es mi orgullo actuando por mí.

—Tranquila, en realidad estaba deseando volver a probar el chocolate del mercado, y supongo que no hay ocasión mejor que esta ¿no? —En cuanto sonrío soy consciente de que no debería haber dicho estas palabras, pero ya no importa—. ¿No estás en la oficina? Solías

trabajar hasta última hora por estas fechas.

—Ahora lo hago desde casa, teletrabajo. Así puedo escribir mis artículos y llevar el blog sin horarios ni presiones —responde Alexis.

Entiendo perfectamente ese sentimiento fugaz de orgullo que se cruza por su mirada antes de mirar a su alrededor y encontrarse con las luces del mercadillo navideño; un logro así no se consigue todos los días. Lo sé por los años que me ha costado hacerme un lugar en MUSA a pesar de estar muy lejos de poder hacer lo que realmente quiero.

Ella se me queda mirando, probablemente se haga muchas preguntas, o quizá sea yo quien se está imaginando el futuro interrogatorio, pero lo cierto es que no puedo pronunciar ni una sola palabra. La gente camina a nuestro alrededor, se ríe, come dulces y chocolates y yo sigo paralizada entre nuestro último beso y la Florence que parece haber volado lejos para volver al mismo punto en una versión mejorada, más bonita, más radiante, más… especial.

Carraspeo y me aparto para empezar con esa rutina obligada en la plaza de Koïfhus: visitar cada uno de los puestos que hay alrededor de la fuente más famosa de todo Colmar.

No sé qué hacer con las manos así que termino por guardarlas en los bolsillos cuando lo cierto es que mi piel guarda perfectamente el tacto de las suyas.

Florence parece estar leyéndome el pensamiento cuando esas imágenes se cruzan por mi mente, lo sé por la manera en la que brillan sus ojos y su sonrisa. Tengo que hablar o esto se va a convertir en una de esas situaciones incómodas donde el tiempo pasa y ninguna ha pronunciado una sola palabra.

—¿A ti cómo te va por París? —Supongo que es justo que empiece por ahí, así que me vuelvo a tragar el orgullo antes de que sus ojos se claven en mí—. Tengo que reconocer que ha sido muy raro verte, tus padres no han parado de decirme que siempre estás hasta arriba de trabajo.

—¿Hablas con mis padres? —pregunto, una cuestión muy estúpida, la verdad.

—¿Por qué no debería hacerlo? A pesar de cómo acabó todo, ellos siguen siendo muy importantes para mí.

«Cómo acabó todo…», las palabras se me anclan en la mente y no tengo más remedio que soltar un suspiro. Por aquel entonces fui una cobarde o quizá muy valiente, ambas cosas si lo miras con perspectiva, y aunque no me arrepiento de anteponer mi carrera profesional, hay una pequeña parte dentro de mí que se pregunta qué habría pasado de haber escogido todo de otra manera.

—Tienes razón, perdona…

El ambiente se vuelve frío para ambas justo cuando nos paramos frente a un puesto de dulces artesanales, pero no es eso lo que llama mi atención y Florence es muy consciente.

Sin que yo se lo pida, camina un par de metros y se cuela entre la gente para pedir dos raciones de castañas antes de que vayamos en busca de ese chocolate que nos calienta las manos pocos segundos después. La mezcla de aromas es perfecta y no podría estar más feliz de encontrarme en Colmar justo en este momento.

—En París esto no existe —protesto.

—Con «esto», ¿a qué te refieres? —La voz de Florence me deja ver esa curiosidad que parece no haber muerto en ella.

Sus ojos marrones se convierten en la llave perfecta para abrir esa puerta que ha permanecido cerrada desde hace años en mi mente; el título en la madera se graba con el nombre de la nostalgia y el corazón bombea contra mi pecho aterrorizado, porque me da mucho miedo admitir que echo de menos todo de aquí, incluso los días más aburridos, aunque ya no sean para mí.

El chocolate está demasiado caliente como para dar un sorbo y ganar unos segundos, y las castañas están dentro del bolso a la espera de llegar a un lugar tranquilo.

No tengo escapatoria, y no sé si eso es bueno o no.

—Me refiero al chocolate, a las castañas, a esta… ¿calma? No sé, allí todo va más rápido, o quizá sea yo que me he vuelto una mujer de ciudad que no se toma ni una hora completa para comer.

—En realidad eso ultimo ya lo hacías aquí —me aclara Florence y mis mejillas se tiñen de inmediato—, pero no es un reclamo, siempre he admirado tu profesionalidad. ¿Seguro que todo va bien? No has respondido a mi pregunta de antes.

Es cierto, no lo he hecho.

—La verdad es que no, o no tan bien como esperaba. Allí las oportunidades son pocas y si fallas… puede que mis aspiraciones se hayan ido a la mierda con esta campaña fallida. Al parecer no soy tan buena diseñadora como creía.

Florence se queda quieta y me mira. Después es ella quien da un sorbo al chocolate como si quisiera mantener en orden sus pensamientos y lo que quiere decir.

Aunque puedo imaginarme perfectamente lo que piensa.

—Hay mucha competencia.

—¿No has pensado en trabajar por tu cuenta o crear tu propia agencia? Algo pequeño con lo que empezar, si me dices que no eres buena, tengo más de veinte razones para rebatir eso —aclara con un tono que no da lugar a decir lo contrario.

—Se nota que hablas mucho con mis padres —bromeo, el bullicio del mercado queda atrás y damos con una zona más tranquila y arbolada, hay un banco libre así que decido tomar asiento ahí para encontrar un poco de paz—. No es reproche —aclaro cuando ella está a mi lado.

—Y aunque lo fuera sabes que me importaría poco. —Florence se ríe, tiene razón.

—Lo he pensado, sí, pero trabajar en MUSA es un sueño que pude alcanzar con mis propias manos. Y sé que da la sensación de que no lo parece porque hoy estoy aquí, pero de verdad valoran mi trabajo, nunca me había sentido así, Florence. —Ella me mira por un segundo y después lleva sus ojos al frente, bebiendo de su chocolate, en silencio.

Le he hecho daño, porque nunca he tenido a alguien más leal que ella a mi lado.

Pero nuestras aspiraciones siempre han sido otras.

Yo quiero ser reconocida en el mundo de la publicidad como diseñadora, y de no ser por la empresa, no lo habría conseguido, así que tampoco me arrepiento.

—Estas vacaciones me van a venir bien para centrarme y enfocar mi trabajo hacia el punto adecuado para MUSA.

—Seguro que lo vas a conseguir. —Noto reticencia en su voz, aunque no dudo en que sea sincera, al menos, por una parte—. Lo más importarte de todo es que no dudes de ti. Sé por propia experiencia que nunca lo has hecho.

No sé a qué suenan esas últimas palabras, si a orgullo o a reproche, tal vez sea uno de esos recordatorios que se abrirán paso cuando cierre los ojos, con esa imagen de mi persona eligiendo marcharse lejos del lugar donde ahora me encuentro, años atrás, para iniciar una fabulosa carrera profesional que me costó mucho más que la lejanía con mis padres. Asiento y le dedico una sonrisa a Florence justo cuando un copo se posa en la punta de mi nariz.

La noche está cerrada y las estrellas no pueden verse tanto como me gustaría, pero ver el brillo de la nieve comenzar a bañarlo todo, logra que vuelva a esos momentos donde siempre tuve la felicidad en mi mano; hecha de besos, carreras y decenas de tazas de chocolate.

—¿Cómo es que tomaste esa decisión? Siento que trabajar en casa es más complicado de lo que parece, yo no sé si podría llevar esa rutina tan diferente.

—Al principio es complicado, pero te acostumbras. —Florence encoge sus hombros y no parece querer decir mucho más, aunque la felicidad que brilla en su expresión me indica todo lo contrario—.

Digamos que tienes que pautar muy bien tus horarios y no tener esa horrible tentación de querer salir a dar un paseo o dejar todo para más tarde mientras ves una película romántica en la tele. —Cuando se echa a reír, recuerdo nuestros sábados por la tarde, envueltas en una manta mientras comíamos palomitas mezcladas con cerveza o como hoy, un delicioso campo de nieve de chocolate—. Y Zoe no ayudó demasiado, pero sí, ahora lo llevo bastante bien.

Zoe. El nombre se me clava por dentro, muy adentro de mi pecho.

Intento buscar en cada una de las páginas que tengo en la memoria y de repente me acuerdo de la chica de la pastelería, con su mirada gris y esos labios rojos que dedicaban una sonrisa a Florence cada vez que pasábamos por allí.

Y ahora, tengo miedo a preguntar.

¿Por qué me siento así?

—Ella es… —La frase se me corta como un chispazo interrumpe cualquier escenario—. ¿Esa Zoe?

—La misma, mi… —El tiempo se paraliza, sé que ha terminado la frase, pero todo se derrumba frente a mis ojos hasta que logro quedarme en silencio y escuchar lo que dice—, ex mujer.

—Ah… —¡Pero qué tonta! Debería irme de aquí por el solo hecho de tener esta clase de pensamientos cuando es obvio que ya no tengo lugar para hacerlo.

—Nos acercamos mucho un año después de que te marcharas… —El chocolate roza sus labios, ¿es tristeza lo que veo en sus ojos?—, vivimos tres años de matrimonio increíbles, pero supongo que al final no estábamos tan hechas la una para la otra.

—Desde que la conozco, siempre he creído que su verdadero amor es la pastelería.

—Como tú con tu trabajo —suelta Florence.

Está bien, me lo merezco.

—No quería que pasara así, ¿sabes? Quiero decir, es evidente que tomé una decisión, pero debes saber que tú siempre has estado en mi corazón, en el centro de mis pensamientos y…

—No lo hagas —interrumpe. Cuando se gira y me mira a los ojos, ya no veo la dulzura con la que me solía tratar—. No digas que fue por ti y no por mí, porque entonces sería muy injusto —aclara. La taza de chocolate vuela hacia sus labios y después sonríe, o al menos, lo intenta—. Quisiste seguir tu sueño y eso es todo, yo estoy aquí, tengo un trabajo que me hace feliz y lo demás… no tengo prisa. Pero tú volverás a París después de navidad y al final, esto quedará escrito para otro de los tantos recuerdos que tenemos juntas.

Me quedo sin palabras, y el pecho me duele tanto que apenas soy capaz de respirar.

Florence se pone de pie, observa a los niños danzar bajo la nieve y después se agacha para darme un beso en la mejilla.

—Intenta disfrutar de estos días, céntrate y estoy segura de que conseguirás todo lo que te propongas.

—Espera… —susurro una única palabra cuando ella guarda las manos en los bolsillos y echa a caminar.

El pelo rubio acaricia sus hombros con cada pequeño paso que da para recorrer una plaza que guarda miles de momentos de nosotras juntas.

Podría salir corriendo y decirle que se equivoca. Hablarle de todas las veces que pensé y pienso en nosotras cuando estoy allí, esperando porque ella aparezca frente a la puerta de mi casa. Podría incluso pedirle una locura como la que yo cometí hace unos años buscando mi crecimiento personal. Podría decirle que no la he olvidado y que ahora mismo tengo el corazón hecho pedazos al pensar en todo el daño que le hice, que otra mujer ocupó mi lugar.

Podría, podría y podría.

Podría coger su mano, llevarla a mis labios y después buscar los suyos sin más.

Está claro que podría, pero sé que no lo voy a hacer, porque Florence tiene mucha razón, no voy a quedarme para toda la vida, esto es temporal y cuando me vaya, cualquier cosa que haya hecho quedará escrito en nuevos recuerdos y eso no es lo que quiero para mí, para ambas y sobre todo para ella.

Así que bebo de mi chocolate y me quedo en completo silencio viendo cómo se aleja una vez más.

VIDA

Mentiría si no dijera que estos dos últimos días no he dejado de pensar en Florence, en su nuevo look, en las cosas que no han cambiado de ella, en sus palabras. Cuando mis noches aquí solían ser de sueño profundo, ahora se han convertido en horas de insomnio donde ella ha estado presente en todo momento. Apenas llevo cuatro días en Colmar y ya estoy deseando volver a mi casa por una razón muy simple: no voy a poder seguir viéndola mientras sepa que otra vez voy a tener que despedirme de ella. Duro, pero cierto, y lo triste de esta historia es que yo misma me lo he buscado, yo soy el problema, yo cree esta situación.

Podría quedarme bajo las sábanas de mi cama toda la mañana, pero sé que no va a ser posible en cuanto unos nudillos golpean la puerta y esta se entreabre para dejarme ver a mi madre, con esa sonrisa de «tengo planes para ti».

—He preparado un picnic.

—¿En pleno diciembre? ¿Quieres que muramos de frío, mamá? —protesto de forma exagerada, aunque sé que va a venir a continuación.

Sabes que es una tradición, me digo.

—Sabes que es una tradición —responde ella a la vez.

—¡Está bien! Ya voy… —Como si hubiera vuelto a mi etapa adolescente caigo sobre la cama y me tapo la cabeza.

No es que no quiera compartir tiempo con mis padres, es que los campos de este lugar tienen un significado especial para mí, algo que dejé atrás en París con el paso de los años, pero supongo que esto no es la gran ciudad y que si decidí tomarme unas vacaciones debo aceptar que no estoy aquí de paso.

Esa es la única razón por la que me levanto cinco minutos después, me visto con ropa de abrigo y cojo mi gorro y mi chaqueta para unirme a mis padres, que ya están en la puerta de casa esperándome.

—No sé por qué me sorprendo, ¿desde cuándo estás levantada?

—Hace un par de horas, no podía permitir que hoy se nos fuera el tiempo como si nada —protesta mamá, y la mirada de mi padre

hacia ella no tiene precio.

—Son las nueve de la mañana, podríamos haber ido perfectamente a almorzar, ¿no tienes consideración por tu hija trabajadora? Se supone que estoy de vacaciones.

Una queja y otra y otra más convierte la conversación en un sinfín de risas y gestos muy típicos en mis padres y en mí junto a ellos.

Nostalgia, esa es la palabra, el sentimiento que acaricia lentamente toda mi piel, las imágenes que se posicionan en cada célula de mi cuerpo mientras están caminan en dirección a un corazón que tiempo atrás solía estallar gracias a la emoción por estas pequeñas cosas: un paseo con mis padres, las nubes blancas entre el cielo azul de Colmar, el aroma a frutos secos a lo largo de las calles, la sonrisa de mi padre, yo preguntándome una y otra vez si habrá preparado mis sándwiches favoritos. Todo lo que ya no tengo y echo de menos.

Mi sonrisa se borra mientras pienso en ello durante un recorrido en el que dejamos un lugar de ensueño para viajar a otro que parece haber esperado por mí durante todos estos años.

La naturaleza se abre paso con una hierba verde que está cubierta por algunas zonas de nieve, según lo mires el cielo acaricia el color acompañando a grandes árboles y el piar de pájaros que parecen estar escondidos en las copas de estos. Estamos a pocos kilómetros de la ciudad y siento que de repente nos hemos alejado mucho.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, sí, no pasa nada, solo estaba pensando que ha sido una buena idea venir aquí —comento antes de mirar de nuevo por la ventana.

Supongo que pienso así porque tengo claro que podría ahogarme de un momento a otro si al caminar por las calles de Colmar vuelvo a encontrarme con Florence. El corazón me da un vuelco, sé que no tendría nada de malo, todo lo contrario, porque al parecer lo estoy deseando, solo que no quiero admitirlo.

No dejo de darle vueltas, ni cuando papá aparca el coche, sacamos un par de cestas, cogemos la manta y caminamos hacia una de las zonas más altas de las afueras. Desde aquí se pueden ver las casas de madera, los puentes y el mercado navideño en una versión más pequeña, como si todo estuviera recogido en una casa de muñecas o una de esas maquetas donde un tren lo recorre todo para traer la felicidad a las personas que se mueven en ese lugar. Cuando choco con esa imagen me doy cuenta de que una vez se lo dije a la persona más importante de mi vida.

Muerdo mi labio inferior y suelto un suspiro, prefiero cargar con la cesta y caminar en silencio mientras sigo a mis padres. De hecho, es lo que hago hasta que soy consciente de la sonrisa que mi

madre tiene puesta en los labios.

—¿Qué te pasa? Estás más risueña de lo normal, ¿qué tramas? —pregunto—. ¿Papá?

—Yo no he tenido nada que ver, te lo prometo. —Cuando me advierte quiero dar media vuelta, subirme al coche y volver a mi habitación para encerrarme hasta que cada uno de mis días libres pasen y pueda volver a París.

Pero ya es demasiado tarde.

No, dime que no lo ha hecho, pienso. Estoy a punto de dar media vuelta, pero Claire se me adelanta y abraza con tanta fuerza que ya no tengo escapatoria. La hermana de Florence me rodea con los brazos durante unos segundos que me parecen eternos, quizá me equivoque porque tengo la sensación de que está llorando, y lo compruebo en cuanto me aparto y logro mirarla a los ojos.

—Cuando tus padres me dijeron que ibas a venir por navidad, apenas pude creerlo, pero aquí estás.

—Y mamá ha decidido organizar un picnic, como en los viejos tiempos, ¿no? —Mi mirada va directa hacia mi madre, vocalizo un «te mataré» que nadie más percibe y tras ello dibujo mi mejor sonrisa—. Tenía pensado hacerte una visita antes de volver a París, aunque alguien se me ha adelantado.

¡Cómo se le ocurre! Las mejillas me arden cuando mamá me dedica un guiño antes de que la última persona que quisiera ver —y sé que miento— se presente ante mí con una sonrisa irresistible en los labios y su mejor expresión de «yo no tengo nada que ver».

No sé a quién debería creer, si a Florence o a mi intuición.

—¿Por qué no buscamos un lugar para tomar asiento? En un par de horas esto estará lleno de gente y será imposible ver la ciudad desde aquí.

Punto para Florence y supongo que ¿para mamá también?

De no ser porque ella y papá se adelantan para ir a colocarlo todo, tendría otra charla con ella. A pesar de que no va a servir de nada, porque el “mal” ya está hecho y no hay remedio para cambiar eso.

Ni siquiera debería usar esa palabra porque en el fondo estoy encantada de que ellas estén aquí, cumpliendo con una tradición que año tras año seguía convirtiéndose en uno de mis momentos favoritos. Claro que, ahora todo es diferente; por una razón tan principal como dolorosa.

Dejo ir un suspiro y mientras coloco algunos platos sobre la manta echo un vistazo a lo que hay de Colmar tras mi espalda. Es cierto que todo brilla de una forma muy peculiar, tan diferente que en

realidad parece que nunca haya vivido aquí y esté descubriendo todo por primera vez. No sé si eso me gusta, de hecho, no sé si me gustan cada una de las sensaciones que estoy experimentando desde que dejé París. Papá parece ser consciente de ello y por eso sonríe en un intento por calmar mis nervios. El teléfono vibra en mi bolsillo y la burbuja en la que estoy explota al ver el asunto de un correo electrónico del trabajo.

Lo abro y leo:

«Alexis, queremos poner en valor tus ideas para MUSA, en cuarenta y ocho horas queremos una prueba para la siguiente campaña. Sabemos que puedes hacerlo.»

¿Una prueba?

—Debe ser una broma… —susurro apretando la pantalla con fuerza. Cuando levanto la mirada todos me están observando como si tuviera un secreto bien guardado—. No es nada, vamos a desayunar.

Conforme la gente va llegando a la colina, mi inquietud crece, pero la sensación se esfuma por completo cuando estamos sentados, observando el movimiento de Colmar desde aquí, con zumos, bollos rellenos de chocolate, ¡mis sándwiches favoritos!, y una cantidad de galletas que me tientan peligrosamente. De un momento a otro me he olvidado del trabajo y del motivo por el que decidí venir aquí de vacaciones. Ahora solo estamos yo, mis padres y ellas o más bien, ella.

La única, pienso.

Florence sujeta un par de galletas entre sus dedos, come tranquilamente, en completo silencio y debo admitir que me gustaría meterme de lleno en sus pensamientos para conocer qué es lo que desea o el motivo de esa melancolía que puedo percibir a través de su mirada. Prefiero no hacerme preguntas a las que quizá no desee poner respuesta, así que acallo todo eso con un sorbo de zumo de naranja y una galleta bañada por completo en chocolate.

¡Joder, el chocolate sigue siendo mi perdición!

Al menos hay algo que no ha cambiado desde que dejé Colmar.

—¿Tenéis planes para nochebuena? —Claire se me queda mirando con la misma expresión gatuna que suele tener su hermana y ahora es ella quien parece querer ver todo lo que se esconde en mi mente—. Si es así, no pasa nada.

—De hecho, podríais venir a cenar. —Odio que mi madre siga haciendo esto y debe notarse en mi expresión porque Florence sonríe como si fuera una niña pequeña—. Hace bastante tiempo que no tenemos unas navidades tan hogareñas y en familia, y ya sabéis que a pesar de todo vosotras seguís siendo muy importantes para mí.

—Gracias mamá, creo que ya lo sabían —digo sin darme

cuenta.

Las mejillas me van a explotar al ser consciente de que he dicho en voz alta cada una de las palabas quería guardar para mí.

Florence se ríe a carcajadas hasta que una galleta se le atraviesa y comienza a toser como una loca. No quiero ser yo quien se muestre feliz por eso, pero me es imposible no hacerlo. Dios, a veces querría matarla, aunque no es la culpable de esto, porque después de todo fui yo la que se marchó de Colmar para iniciar una vida lejos de aquí. Una pregunta se cruza por mi mente sin previo aviso, lo raja todo y acaba por doler más de lo que debería. ¿Habrán cenado juntos durante todos estos años? ¿Con la ex mujer de Florence? Ahora soy yo quien está a punto de atragantarse. Me levanto tan rápido como puedo y busco los guantes en los bolsillos de mi chaqueta antes de ajustarme la bufanda y echar a caminar.

—¿Dónde vas?

—A dar una vuelta, necesito respirar —respondo sin mirar a mi madre.

—Pero Alexis, si…

—Déjala, seguro que le viene bien estar un rato sola. —Mi padre parece ser el único que tiene cerebro en esta familia.

—Voy contigo.

Cuando Florence habla me giro, quiero decirle que no pero ya lleva unas cuantas galletas entre las manos y no la veo dispuesta a rendirse así que acepto sin rechistar. Bien, así podré tener unas cuantas palabras con ella. Claro, eso es lo que pretendo.

O lo que pretendía, porque al poner distancia con el resto y quedarnos a solas en vez de estar enfadada me siento bien, demasiado bien.

Y la odio por eso.

—Lo siento mucho, no pretendía que todo fuese tan incómodo para ti —dice Florence con la voz raspada por la pasta de las galletas.

Me ofrece un par con chispitas y siempre recuerdo que todo lo que tenga que ver con este sabor siempre fue como tomar un chocolate para dos: una sensación dulce, atrayente, también caliente y tan satisfactoria que repetiría sin dudar, a besos, piel con piel, sentimientos y más, mucho más.

Suspiro al recordar esas pequeñas manías de ambas y después le dedico una sonrisa agradecida. Mastico con cuidado e intento que el gemido de gusto se quede en mi garganta, a pesar de que mi cuerpo responde en mi contra.

Florence vuelve a reír.

—Deja de hacer eso, no es divertido para nada —protesto.

—Yo creo que sí, había olvidado la expresión tan bonita que se te pone cuando estás molesta.

—Ya… —Me encojo de hombros y guardo ambas manos en los bolsillos.

Lo que menos quiero ahora mismo es recordar nuestros mejores momentos cuando estamos a unos pocos días de tener que olvidar todo, otra vez.

Y solo es porque tú quieres, me reprocho. Triste pero cierto.

—Perdona, de verdad que lo siento. No pretendía estropear tus vacaciones, pero es que nunca he dejado de tener esa relación con tus padres.

—Te quieren mucho y eres maravillosa. ¿Cómo iban a alejarse de ti? Está claro que la única tonta fui yo.

¡Otra vez no! Muerdo mi labio inferior y ardo por dentro, aunque no sé para qué me sorprendo si últimamente estoy echa un lío, ni todos los gatos del mundo podrían deshacer la maraña de pensamientos que se siguen enredando, al igual que los sentimientos que siguen presentes en mi corazón, golpeando en mi pecho, pidiéndome a gritos algo que no voy a poder cumplir.

Tengo que pensar en el trabajo y nada más.

Pero Florence nunca ha sido de olvidar sin más y sus ojos ya me dicen que se ha dado cuenta exactamente de lo que pretendía decir, y por ese mismo motivo ahora está frente a mí.

—Hiciste una elección, pero no quiere decir que fuera errónea. Luchar por nuestros sueños a veces es más importante que cualquier otra cosa, incluso que cualquier otra persona y no tiene nada de malo.

Salvo si dejas atrás al amor de tu vida, me digo mientras la miro a los ojos.

—Lo sé, no es que me arrepienta, es que no sé… todo sigue igual y a la vez es muy diferente a como lo dejé.

—Y nunca será tal y como lo recuerdas. Mira Alexis yo estoy feliz por tus logros, y tus padres mucho más, he sido muy feliz, así que no te preocupes, ¿vale? —Florence me da un beso en la mejilla y estoy a punto de caer colina abajo.

Joder, ¡reacciona!

—Además, cuando vuelvas a París, todo volverá a la normalidad ¿no? —Esas palabras me derrotan por dentro, sobre todo porque sé que lo dice con firmeza y seguridad—. Anda, vamos.

Florence camina y yo asiento sin añadir nada más.

Soy tonta, muy tonta, y ahora mismo debería detenerla, besarla y olvidarme de París. Debería. Pero no lo hago.

ENTRE TÚ Y YO

El juego de luces que brilla a lo largo del salón y cada rincón de la casa recuerda a una noche de estrellas fugaces en la que pides porque todos tus deseos se cumplan. Fuera, el movimiento es escaso, y es que la mayoría de familias debe estar en sus casas con los últimos preparativos de la cena de Nochebuena. Bajo el árbol de navidad ya hay unos cuantos regalos entre los que estoy segura se encontrarán unos guantes nuevos, un abrigo de color miel y varios libros que añadir a una estantería que sigo llenando en París sin ningún sentido; porque ya no tengo ni tiempo para disfrutar de una taza de chocolate entre letras. He pasado las últimas noches sin dormir, pensando en la presentación que envié a MUSA con todas las ideas que quiero desarrollar para la próxima campaña, pero Louis no se ha pronunciado.

No me ha dejado ni un solo mensaje. Nada.

Mi respiración choca contra la ventana y el vaho me impide ver con claridad una calle que me ha dado más de lo que yo le he entregado de vuelta: una niñez entre juegos y más risas, una adolescencia entre música, lecturas y venta de limonada, y galletas de jengibre según la estación.

El interior de la casa ya huele a pastel de calabaza, pollo al horno, salsa caramelizada y a familia; todo lo que tengo aquí, todo lo que nunca encontraré en París.

—¿Puedes echar una mano a tu madre? Me va a volver loco —El reflejo de papá se posa sobre el mío, sonríe como siempre y su mano va directa hacia mi hombro—. ¿Tú estás bien?

—Sí, estaba pensando en el trabajo, nada más.

—Sabes que no voy a insistir, pero si necesitas hablar, me tienes aquí. —La voz de mi padre es serena, tan tranquila que calmaría cualquier tempestad.

Así ha sido toda la vida y en cierto modo envidio esa entereza que siempre ha tenido para encarar las cosas. No es que yo no sea del todo así, pero el último par de años ha sido una montaña rusa de emociones con más decepciones que otra cosa, y aunque siento que sí tengo mi lugar en MUSA, otra pequeña parte de mí se empeña en

decirme lo contrario, y la odio.

De camino a la cocina dejo el teléfono en vibrador y me pongo a preparar las patatas para la cena. A Florence le van a encantar y estoy segura de que es eso lo que pone la sonrisa en mis labios.

—Tienes ganas de verla —afirma mi madre.

—Eso no quiere decir que las cosas vayan a cambiar. —Mientras hablo no levanto la vista, me dedico a echar un poco de salsa en las patatas y las llevo directamente al horno con unas cuantas hierbas aromáticas que les darán un toque fantástico—. Ya sabes que dentro de nada vuelvo a la ciudad, y ella tiene una vida muy distinta aquí.

—¿Lo dices porque estuvo casada con Zoe? ¿Le has preguntado por qué se acabó todo?

Niego.

—No pienso hacerlo mamá, lo nuestro acabó hace mucho tiempo y una relación a distancia no entra en mis planes.

—Pero ella sí —comenta, antes de que yo pueda añadir otra cosa—. No la has olvidado.

Tiene razón, no lo he hecho y estar con ella aquí estos días no me ha ayudado. No sé por qué en su momento pensé que ella también se habría marchado lejos en busca de una oportunidad laboral, cuando en el fondo sé que jamás dejaría Colmar y todo lo que aquí nos rodea.

—Deberías hablar con ella, o al menos intentar algo.

—Mamá, olvídalo, tengo demasiado en lo que pensar —respondo tan bruscamente que un vaso se me escapa de las manos. El cristal se hace añicos en el suelo a la vez que el timbre suena—. ¿Por qué insistes tanto en esto? No debería haber venido.

Desde la entrada ya puedo escuchar el «buenas noches» que Claire y Florence dicen al mismo tiempo. La piel se me eriza y los nervios se apoderan de mí mientras intento recoger los cristales sin ningún tipo de cuidado, y cuando me hago un pequeño corte en el índice, no me extraña en absoluto.

—Mierda —protesto, me levanto de golpe y me encuentro con las mejillas rojas de Florence frente a mí.

—Puede que hayan pasado años, pero sigues siendo muy torpe. —Aunque lo parece sé que su voz no contiene ni un ápice de burla.

De hecho, me sonríe, se deshace de la bufanda, el abrigo y busca en el armario de siempre un pequeño botiquín de primero auxilios que mamá tiene listo para «los grandes desastres de Alexis». Y no me sorprende que no haya roto esa tradición de años.

—No te molestes, no es nada.

—Siempre dices que no es nada —rebate Florence, y tiene

razón.

Nunca me ha gustado mostrarme vulnerable ante alguien.

Aunque ella no es una persona cualquiera del mundo, no.

El silencio se hace entre nosotras mientras que ella se concentra en curarme el pequeño corte. Mamá ha desaparecido de repente y no sé si me incomoda más esta situación o ser tan previsible a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Por esa misma razón intento hacer caso omiso de mis pensamientos y me concentro en mi respiración, aunque un roce por parte de Florence es suficiente para despertar aquello que en realidad nunca ha estado dormido.

Tengo sus labios cerca, tanto como para dejarme sin habla. Todavía me veo a mí misma contando los segundos con cada latido de su corazón, y ahora estoy haciendo lo mismo.

Sus ojos se clavan en los míos, quizá seré yo, pero siento que quiere decir exactamente las palabras que tengo atascadas en los labios.

Aunque en realidad ninguna decimos nada, y eso me parece más que suficiente.

—Es una pena que no puedas quedarte más —dice ella.

—Es una pena que nunca hayas venido a París —respondo yo.

Se ríe, y yo hago lo mismo.

—Supongo que tienes razón, pero nunca supe si en realidad lo querías. —Florence termina de curarme y me pone una tirita.

Ojalá fuera suficiente para ocultar las heridas de mi corazón.

—Hay muchas cosas que no me atreví a decir, irme fue…

—La mejor decisión de tu vida, no te preocupes. Lo entiendo. —Claro que lo entiende, porque ella siempre me ha conocido más que nadie, aunque no era eso lo que quería decir.

—¿Fuiste feliz con ella? ¿Con Zoe?

Puede que yo sea la más sorprendida por lanzar una pregunta que no sé si quiero que reciba respuesta, porque tal vez diga que sí, quizá me suelte que lo fue mucho más que conmigo y ahora mismo no puedo lidiar con los celos que ese pensamiento me produce.

—Fue un matrimonio maravilloso. —Florence me mira a los ojos y después me sonríe antes de ponerse de pie—. Con el tiempo nos dimos cuenta que no estábamos echas la una para la otra, pero así es el amor ¿no? Amas y pierdes, pero siempre creces.

Cuando guarda el botiquín en el armario se dirige directa al horno para echar un pequeño vistazo a las patatas. Me gustaría que fuera consciente de lo que produce en mí la sonrisa que veo reflejada en el cristal. La imagen de ella sonriéndome a la cara se me pasa por la mente, fue una noche de invierno, sus mejillas estaban rojas y yo no

podía parar de besarla mientras recorría su piel con unas manos que en este momento arden con el mismo sentimiento.

Tengo que sacar esa imagen de mi mente, pero sé que por mucho que lo intente, no voy a conseguirlo, no cuando la tengo delante, no cuando su sonrisa me recuerda una vez más la estupidez que cometí.

•••

El teléfono vibra en mi bolsillo por tercera vez y ya van tres veces que no le hago caso. Estoy tan centrada en la cena y las anécdotas que papá no deja de contar que no quiero explotar la burbuja en la que nos encontramos. Llevo dos copas de vino y quizá el efecto del alcohol ya se haya posado en mis mejillas porque el calor recorre mi cuerpo como si fuera Florence la que me está acariciando en este momento. De hecho, estoy segura de que está leyendo cada uno de mis pensamientos por la forma en la que me mira.

Claire nos observa y después lanza un suspiro, tampoco es la primera vez que ella es consciente de nuestra conexión.

En un mundo paralelo me levanto de la silla, acorto la distancia y no pruebo el vino de mi copa sino a través de los labios rojos de Florence. Después acaricio su cuello y cuelo mi mano por el interior de su ropa para llegar hasta el centro de su pecho, ahí donde el sabor es más adictivo que cualquier pecado. Lo malo es que ese mundo paralelo no es verdad y mi realidad se resume en una frase que leo en la pantalla del teléfono cuando entra un mensaje.

«Tu propuesta ha sido aprobada».

Estoy a punto de gritar cuando leo las palabras de Louis y la verdad es que no sé cómo me contengo.

—Voy un momento al baño.

Me levanto de la silla tan rápido que esta se tambalea y mis pies van a toda prisa por el pasillo hasta dar con la tercera puerta y cerrarla a mis espaldas. Abrir el correo me toma unos minutos y cuando leo apenas puedo creerlo:

«Tu propuesta ha sido aprobada. Te has ganado la confianza de MUSA y un nuevo puesto en la sucursal de Nueva York, en el archivo adjunto encontrarás la propuesta y el contrato que tienes que traer firmado mañana mismo. No te vas a arrepentir.»

Y tal vez no lo haga, pero esto no es exactamente lo que estaba esperando.

—¿Nueva York? Dios mío, ¡Nueva York!

—Alexis, ¿estás bien? —La voz de papá golpea la puerta con fuerza.

Cuando la abro escondo el teléfono a mi espalda y le sonrío como si no hubiera roto un plato, porque esto es muy importante, pero también va a ser devastador y no pienso ser yo quien estropee la noche a todo el mundo.

Aunque mañana tengo que irme…

Mi cara debe revelar algo porque papá me abraza y deja escapar un suspiro mientras lo hace.

—Si es por trabajo, sabes que siempre te apoyaremos en todo, haz lo que tengas que hacer, persigue tus sueños sin dudas de por medio, sean de la clase que sean.

—Lo haré papá, gracias. —Cuando le miro a los ojos, apenas puedo creer que esté aceptando el hecho de mudarme tan lejos de ellos.

Sin embargo, no quiero dar nada por sentado y no lo hago hasta que consigo leer el contrato. Las anécdotas y las risas han quedado en segundo plano, incluso Florence y yo hemos creado un muro entre ambas —que en realidad yo he levantado—. Tengo los nervios a flor de piel y no hago más que pensar en cómo va a cambiar mi vida cuando sea yo quien dirija las campañas de la empresa en los Estados Unidos. Mi mayor sueño al alcance de mi mano, pero, ¿por qué se me rompe el corazón?

—Tengo algo que deciros —comento después de haberme terminado el postre.

El reloj marca dieciocho minutos más allá de la media noche y aunque este no es el regalo que estaba esperando dar a mis padres, sé que ellos se van a alegrar.

—MUSA me ha ofrecido un ascenso…

—¡Mi niña, eso es increíble! —Mamá aplaude y después se abraza a mi padre.

Florence sabe qué voy a decir, estoy segura, porque la pena que cruza sus ojos no se puede borrar con la sonrisa que dibuja en sus labios.

—Es en Nueva York, tendría el control absoluto del área de publicidad, prácticamente podré hacer todo lo que una vez soñé, pero en Francia no tengo mi sitio… —Digo lo último con una facilidad que me deja pasmada, sin pena alguna, como si en realidad tuviera más cosas que ganar de las que perder.

¡Y en realidad es así! Pero hay algo dentro de mí que no me deja creerlo del todo.

—Mañana tengo que volver a París, entregar el contrato y empezaré a trabajar para año nuevo.

—Eso quiere decir que… —Mi madre se muerde el labio

inferior y suspira—. Esperaba que te quedaras todas las vacaciones, pero jamás voy a detener tus pasos Alexis, estoy muy orgullosa de ti y si es esto lo que te hace feliz, adelante.

—Lo es —digo, y mi mirada se cruza con la de Florence—, lo es.

—Esto se merece un brindis —dice ella.

Y brindamos, sinceramente brindamos, sin penas ni reproches, con una alegría que soy capaz de ver en los ojos de todos. Incluso Claire esta tan feliz que me abraza unas cuantas veces y está al borde de la emoción, como yo al sentir de nuevo que siempre será como una hermana para mí, como yo al darme cuenta de que entre Florence y yo jamás llegará a existir algo, aunque me muera por pedirle que se venga conmigo.

•••

Le doy vueltas a ese pensamiento durante diez minutos después de dejar a todos en el interior de la casa y respirar un poco de aire fresco sentada en las escaleras de fuera. Tengo la cara tan tensa que tengo la sensación de que está a punto de nevar y lo compruebo cuando levanto la mirada y froto mis manos para entrar un poco en calor. El tiempo se detiene y las estrellas brillan con fuerza en el cielo. Sé que es un mensaje, un modo de hacer que me sienta segura, pero en cuanto la puerta se abre y Florence se sienta a mi lado, ya no lo estoy.

—¿Buscando un poco de inspiración? —pregunta.

—Supongo que sí —le digo, girando mi rostro, chocando una vez más con sus ojos, deseando caer en sus labios, en su piel, en todo su cuerpo—. Nunca pensé que mi futuro fuera a cambiar de esta manera.

—Pero es lo que siempre has querido, ¿no?

—Casi, pero me temo que no tengo fuerzas admitir el resto. —Intento sonreír, ella también lo sabe.

—Ojalá todo fuera de otra manera —comenta ella.

Y es cierto, pero nunca lo será.

—Ojalá —respondo y después, apoyo mi cabeza en su hombro.

DISEÑANDO FELICIDAD

No ha dejado de llover en toda la noche, como si cada gota fuera un aviso de que nada está bien. Los cristales parecen ojos empañados por las lágrimas mientras están caen hasta perderse más allá de mi vista. A mi lado, la maleta roja está preparada para salir conmigo por esta puerta y dentro de una hora el taxi llegará a la puerta de casa para llevarme de vuelta a París; el puente que me llevará a cumplir por fin mi sueño. Al pensarlo, el corazón se me sale del pecho, pero la emoción es tan grande que ya no puedo ocultar una sonrisa que me va a durar días o tal vez semanas.

Tal y como predije, los regalos que compraron mis padres también están en la maleta a excepción del abrigo que descansa en la silla. Desde ahí me mira como si quisiera revelar algún tipo de secreto y eso me hace gracia, porque de pequeña creía que era así.

Las palabras de aliento se sucedieron durante toda la noche, y esta mañana todavía más, aunque en el fondo sé que todo el mundo está afectado por mi pronta marcha a un país que probablemente me apartará de mi familia más tiempo del que ya lo ha hecho París. Con el temblor en los labios dejo ir un suspiro y me digo a mí misma que todo va a ir bien, después de todo esto es también lo que ellos desean ¿no?

—Al menos es lo que me dejaron claro anoche —digo para mí misma.

Afirmo con la mirada puesta otra vez en la ventana y sin pensar en nada más dejo que el tiempo pase, minuto a minuto, segundo a segundo, hasta que la manecilla del reloj llega al momento exacto y arrastro las ruedas de la maleta hacia la entrada del lugar en el que crecí y más fui feliz.

—Podría haberte llevado a la estación, ¿por qué eres tan cabezota? —Papá aparece a mi espalda y yo me giro para abrazarle.

—Porque eso lo habría hecho más difícil y sé cómo es mamá, no la veo convencida del todo, aunque diga lo contrario.

Él sonríe y yo me encojo de hombros.

—En fin, supongo que ya no hay vuelta atrás, el contrato está firmado y Louis ya tiene mi confirmación, mañana mismo le entregaré

todo y supongo que me convertiré en una más de todo aquel que ha cumplido el sueño americano. —Intento esbozar mi mejor sonrisa al decir estas palabras, pero lo cierto es que no puedo, o no del todo.

Es un cambio radical, demasiado radical y tengo miedo.

—A ti nada te ha detenido, nunca. Suena un poco disparatado, que tengas que irte tan lejos para alcanzar ese punto que tanto has deseado en tu carrera… —Papá carraspea y me mira, es como si quisiera decirme algo más—. Tú sonríe, tal vez el futuro esté de tu mano y quien sabe, podrías llegar más lejos.

—No sé, jamás me he visto como independiente, después de todo sirvo para trabajar en equipo.

Un equipo que me ha buscado un traslado.

El claxon del taxi se escucha al otro lado de la puerta. Mamá está parada en la puerta de la cocina, se me queda mirando y sonríe, ambas tardamos unos diez segundos en avanzar para entregarnos un abrazo que puede ser el último hasta tener otras vacaciones como estás.

—Te quiero mucho mamá, gracias por estas navidades, nunca las olvidaré.

—Avisa cuando llegues, y no te olvides de hablar con ese Louis, debería darte unas buenas vacaciones todos los años. —Ambas nos echamos a reír.

—Te prometo que lo intentaré.

Y no miento, no podría mentir cuando el corazón se me está partiendo a cachitos y sigue así hasta después de montarme en el taxi y que este cruce la avenida para tomar camino hacia la estación.

En silencio me enjugo las lágrimas y piro por la ventana. No es fácil dejar atrás lo que te hace feliz —por segunda vez—, pero si el premio es el puesto que me espera en Nueva York supongo que merece la pena, y si ellos estuvieran en desacuerdo juro por todo el chocolate del mundo que me habrían retenido en casa sin poder salir. Ese pensamiento provoca que me ría, niego y guardo las manos en los bolsillos del abrigo para calentar mis manos, aunque en realidad me encuentro con un pequeño paquete que observo sin decir nada.

Es un regalo, un regalo de última hora y mamá no me ha dicho nada.

Menuda tramposa, declaro para mí.

Poco a poco quito el envoltorio de una caja que tiene pinta de esconder una pulsera o quizá un collar, algo que llevar conmigo siempre, allá donde vaya. Y de hecho acierto en cuanto lo veo, un segundo antes de que el corazón se me paralice mientras suspendo en el aire un colgante que en algún momento creí perdido en el tiempo o

quizá olvidado. Acaricio con los dedos la pequeña taza de café y echo un nuevo vistazo a la caja donde descansa una nota de papel que abro con unos nervios que toman el control de todo mi cuerpo.

«Una vez me dijiste que el gran sueño de tu vida era compartir cada día de invierno un chocolate para dos. Recuerdo que cuando me regalaste este colgante pensé que estabas loca, algo que no ha cambiado, y desde entonces lo he tenido conmigo durante más tiempo del que quizá pueda llegar a recordar. Alexis, ojalá alcances tu verdadero sueño, sin importar que estés aquí o en Estados Unidos, porque mientras lleves ese colgante en el cuello, cada chocolate que tomes será de dos. No hay persona que crea más en lo que haces que yo y aunque este no es el final que esperaba para estas vacaciones, sé que serás feliz, porque si una vez fuiste la diseñadora de mi felicidad, podrás conseguirlo con todo el mundo. Nunca te olvidaré.»

—Nunca te olvidaré. Espera, ¿quiere olvidarme? —La pregunta se escapa de mis labios con el mismo daño que podría hacerme una daga directa al corazón. Las casitas de jengibre se van perdiendo poco a poco ante mi visión y la lluvia empieza a caer con más fuerza. No, no puede hacerlo. No. —¡Pare el coche!

—¿Cómo dice?

—Que pare el coche, necesito que dé media vuelta —suplico.

—Pero aquí es imposible señorita, tendría que tomar la siguiente desviación y me temo que va a llegar tarde a la estación.

—Maldita sea. —*La estación, joder*. Mis ojos van más allá del cristal, me dejo caer en el asiento y llevo mis manos a la cabeza.

•••

La madera de la puerta cede ante mi puño cerrado cada vez que la golpeo. Tengo el abrigo empapado y probablemente haya echado a perder el regalo más bonito que me ha hecho mamá en muchos años, pero no es que eso me preocupe ahora mismo. Cuando doy dos pasos hacia atrás estoy a punto de perder el equilibrio. Protesto limpiándome la cara y vuelvo a llamar una y otra vez como si de verdad quisiera tirar abajo el pequeño muro que se está interponiendo a la verdad, un hecho que se va a llevar lejos todo lo que he construido durante todo este tiempo.

—¡Que ya voy, joder! —La puerta se abre ante mí y el calor del interior choca contra mis mejillas—. ¿Se puede saber que quie…?

Florence se queda paralizada en cuanto me ve. Abre la boca y aunque seguramente dirá algo muy acorde con el momento, no se lo permito.

Tengo las manos mojadas y el contraste con la temperatura es

mágico cuando me lanzo a besar sus labios y dejo que su lengua se una a la mía para dejar el dulce pegado a mi boca cuando me separo. No puedo respirar, pero no me importa en absoluto, porque no lo necesito si la tengo a ella delante, con el pelo despeinado, su pijama de franela y ese gesto de sorpresa que ahora tiene mientras me está mirando.

—Debo reconocer que esto es mejor que todo el chocolate del mundo —dice en un tono bromista—, salvo el del puesto del mercado navideño.

—Eres imbécil Florence, ven aquí…

La puerta se cierra a mi espalda y yo la obligo a entrar antes de fundirme en un nuevo beso que no me es suficiente, no hasta que le quito ese maldito pijama a cuadros, no hasta que cada prenda está en el suelo, no hasta que las dos nos quedamos desnudas frente a su chimenea, no hasta que el colgante en mi cuello roza el centro de su pecho, donde también se encuentra mi corazón. Las mejillas me arden minutos después y el alma, bueno, eso es otro tema, porque en realidad no puedo describir lo que siento cuando vuelvo a caer en la profundidad de su mirada y ella me sonríe de esa forma tan… tan… *mierda*, nunca he dejado de querer a esta mujer y ahora mismo soy muy consciente de ello.

—Has perdido el tren —susurra con sus labios pegados a los míos.

—En realidad no, estoy exactamente donde quiero. —Florence se me queda mirando, sé lo que está pensando así que me apoyo un poco sobre su cuerpo y dejo caer la cabeza en mi mano—. Todo este tiempo he creído que París era todo lo que una vez soñé, pero cuando he leído tu carta… el otro día me dijiste que podría tener mi propia empresa, ir por mi cuenta y ahora no me suena tan descabellado.

—Me pregunto qué te habrá hecho cambiar de opinión. —Su sonrisa es victoriosa y no es para menos.

Mientras la miro omito la conversación que tuve con Louis antes de llegar a su casa. Y aunque me siento estúpida por un segundo, confirmo que he hecho lo correcto porque sé que ni siquiera en Estados Unidos habría tenido el control de todo.

—Lo digo en serio —insiste Florence, tal vez no se cree que esté aquí o que no me vaya a marchar, y lo sé por la forma en la que acaricia mi espalda y mira hacia el fuego—. No sé, quizá llegue el momento en que no seas feliz del todo con lo que hagas y quieras dejar claro en el mundo de la publicidad que eres la mejor.

—Lo que tengo claro es que no podré conseguirlo si no es contigo, ¿de qué me sirve crear un mundo publicitario increíble si no soy capaz de diseñar mi propia felicidad? Es que, nunca debí irme, me

arrepiento muchí…

—Calla. —Florence pone su dedo índice en mis labios—. Puede que no hayas sido feliz del todo, pero las campañas que has hecho para MUSA, dios, nunca he visto un trabajo tan bueno.

—¿Me has seguido?

—Hasta el fin del mundo —aclara ella con una sonrisa.

No hay modo de responder esas palabras más que con un beso, una caricia en los labios, sus dedos enredados con los míos, o mi respiración uniéndose al compás de su corazón.

Florence tiene razón, no me arrepiento de haberlo dejado todo para irme a París, porque todos estos años han logrado que me enamore mucho más del mundo de la publicidad; estoy orgullosa de cada una de las campañas que he hecho para MUSA.

Mientras mis dedos caminan por el centro de su pecho le sonrío y soy consciente de cómo han cambiado las cosas; de la forma en que la vida siempre ofrece segundas, terceras o cuartas oportunidades a pesar de que todos creemos que, cuando un tren se marcha, jamás volverá a pasar por delante de nosotros. En realidad, yo solo he necesitado unas vacaciones para darme cuenta de que tengo y quiero tomar otro rumbo, lo cierto es que solo he necesitado unas vacaciones y un buen chocolate en el mercado navideño para ser consciente de que el amor y la familia son el ingrediente principal en la creación de nuestros sueños.

Y no importa si son aquellos que siempre han estado con nosotros o los que se cruzan en nuestro camino porque en Claire también encontré una hermana hace muchos años y… *¡Mierda! Como abra la puerta me moriré de vergüenza*…

—Florence, no deberíamos…

—Está con tus padres —suelta ella sin más.

—¿Cómo? —Mi cara debe ser todo un poema, porque ella se echa a reír.

—Digamos que ayer tuvimos una conversación, mientras estabas fuera.

—¿Ellos no querían que me fuera?

—Ninguno lo queríamos, pero jamás te hubiéramos obligado a quedarte. Tenías que decidirlo tú, aunque supongo que yo eché una mano. —Otra vez esa sonrisa de victoria.

Y otra vez que no puedo resistirme a morder su labio inferior.

—Tú eres malvada, siempre has sido malvada, pero me dejaría envenenar por ti una y otra vez.

Ella sabe que es cierto, yo sé que es cierto y me lo deja claro en cuanto me empuja y recorre mi cuerpo como si quisiera recuperar

cada uno de los segundos que no hemos estado juntas.

El calor de la chimenea no se acerca ni de lejos al modo en que mi piel arde cuando sus dedos y labios me acarician. Cuando la miro a los ojos sé que podríamos ser el verano de este invierno y la primavera en cualquier día de otoño. Florence y yo no solo recuperamos el tiempo perdido, sino que creamos nuevas canciones de amor a base de suspiros y risas. Las dos somos el ingrediente principal de la otra y cuando el chocolate humea entre mis manos pocos minutos después, soy consciente de que todo este tiempo no han sido años perdidos, porque cada uno de ellos me han ayudado a crecer, a madurar, a entender las cosas de otra forma y tener claro, muy claro, que Colmar siempre ha sido mi París y que Florence es mi propio sueño americano.

—Esto está buenísimo, has mejorado.

—Y no sabes las ganas que tenía de demostrártelo. —Florence no se separa de mí al beber de su chocolate, y yo tampoco lo hago.

La miro a los ojos y le sonrío, tal vez como nunca, y ella es muy consciente de ello.

—Te quiero, pero no pienso devolverte el colgante —aclaro.

—No hace falta que lo hagas, ahora estás aquí.

Ahora estoy aquí, me repito antes de besar sus labios. *Y nunca me marcharé*.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Saga 'Somos Magia'.

—LIBRO I: Verde entre las flores.
—LIBRO II: Flores en nuestro camino.
—Spin-off: Los puentes que nos unen.

...

—La obra de Ictero.

Todas mis novelas a la venta en Amazon (tanto en versión digital como en físico).

ÍNDICE

FACHADAS DE JENGIBRE
NIEVE DE CHOCOLATE
VIDA
ENTRE TÚ Y YO
DISEÑANDO FELICIDAD
OTROS LIBROS DE LA AUTORA